



Día de fiesta en Crivillén (foto: archivo del Ayto. de Crivillén).

Aunque nuestro interés surgió, en primer lugar, por la figura del pregonero, al indagar descubrimos que los oficios de pregonero¹ y alguacil² compartían las funciones siempre que fuera necesario, lo cual era muy frecuente en los ayuntamientos de poblaciones pequeñas, como las de nuestra comarca. Además, nos sorprendió que el oficio de pregonero constara oficialmente con el término de “voz pública”. Así pues, hablaremos en esta ocasión de tres oficios que dependían del Ayuntamiento: sereno³, pregonero y alguacil.

Desaparecidos los oficios de sereno y pregonero, los datos que aquí se recogen con respecto a estos son fruto de entrevistas con diversas personas de cada uno de los pueblos de la comarca; así como de la realizada a uno de los últimos alguaciles de Andorra, Francisco Camín Ginés, que ejerció de pregonero, aunque no de calle sino de megafonía.

Los serenos, pregoneros y alguaciles han sido personajes con una gran presencia pública en las zonas urbanas y rurales, desde hace muchos años hasta épocas recientes, en que el desarrollo tecnológico ha mermado considerablemente su importancia hasta incluso hacerlos desaparecer, a pesar de que algunas de las funciones que tradicionalmente desempeñaban siguen vigentes.

Las relaciones de estos profesionales con su entorno han sido dispares, pues las comunicaciones que entregaban los alguaciles eran a veces temidas, en el trato con los jóvenes se mezclaban el miedo y la aventura al tener que mantenerse, en no pocas ocasiones, fuera de su alcance. Por su parte, los pregoneros levantaban siempre expectación, mientras que los serenos, conocedores como nadie de la vida nocturna, contaban con el respeto generalizado.

El origen de los serenos obedece a la necesidad de proteger a las personas y cosas durante la noche; comenzaban su jornada a las doce. Trabajaban en parejas y con un uniforme específico, se acompañaban de una tranca con punta, de acero, en forma de lanza para defenderse. No eran pocas veces las que los jóvenes, de juerga, intentaban quitársela y, en alguna ocasión, “lo molían a palos”. Tenían que estar toda la noche a la serena⁴. Fue uno de los oficios más emblemáticos de los barrios de España, aunque no en todos los lugares tenían las mismas responsabilidades. En España fue el encargado durante décadas de encender las farolas con la caída de la noche y vigilar las calles mientras la noche durase. En nuestra comarca solo había sereno en Andorra. Cantaban la hora y el tiempo. No compartían funciones con el alguacil ni el pregonero; solo excepcionalmente, como en Andorra, cuando la población aumentó con la llegada de obreros para la construcción de la actual central térmica.



Corneta de Ulpiano Serrano (foto: Mariano Serrano).

- 1 De **pregón**. (Del lat. *praeconium*) Oficial público que en alta voz da los pregones, publica y hace notorio lo que se quiere hacer saber a todos.
- 2 **Alguacil**. (Del ár. hisp. *alwazir*, y este del ár. clás. *wazir*) Oficial inferior de justicia, que ejecuta las órdenes del tribunal a quien sirve.
- 3 **Sereno**. (Del lat. *serenum*, de *serum*, la tarde, la noche) Encargado de rondar de noche por las calles para velar por la seguridad del vecindario, de la propiedad, etc.
- 4 **Serena**. (De *sereno*) Humedad de la atmósfera en la noche.

Serenos, pregoneros y alguaciles

Beatriz Ara, María José Tejedor y Pilar Villarroya



Pregón de fiestas de San Abdón y San Senén en Ariño (foto: archivo familiar de Ulpiano Serrano).

El oficio de pregonero debió de existir desde que el hombre sintió la necesidad de comunicarse. Los pregoneros “echaban bandos⁵”, en los que se informaba de todo aquello relativo con el Ayuntamiento (leyes, mandatos. . .) y otra información de interés público (el día del mercadillo, publicidad de las tiendas del pueblo o cualquier otra información de interés público). Los bandos particulares, algunos muy largos y enrevesados, los pagaban a “un duro”, y las veces que se echaban dependían de la buena voluntad del pregonero.

Para poder llegar a ser pregonero había que saber leer y escribir; el pregonero se encargaba de leer el pregón; a veces, también tenía que redactarlo. Leía a viva voz, con claridad y pausadamente.

El pregonero iba cuantas veces hiciera falta a pregonar por las esquinas del pueblo; cada pueblo tenía establecidas sus esquinas, plazas o calles, desde quince a cuarenta, donde debía pararse a “echar los bandos” del Ayuntamiento siempre reuniendo a la gente con un tambor, una trompetilla, una trompeta o una gaita y empezando de la misma manera en todos los pueblos cuando se trataba de información relativa al Ayuntamiento, y decía así: “De parte del señor alcalde, se hace saber. . .”; o después de la guerra se comenzaba también con: “En el primer año triunfal. . .”; o “En la plaza del Ayuntamiento, se cambian trapos por naranjas”. Dada la situación de escasez y pobreza después de la guerra, cuenta Francisco que “era la única ocasión en la que nos podíamos comer en casa una naranja entera; mi madre buscaba todos los trapos de casa y los llevaba a la plaza; cuando no había intercambio, solo teníamos pa’ media naranja”.

El instrumento utilizado para anunciar el pregón era diferente según el contenido del mismo. En Andorra el pregón con corneta informaba del “consumo” o contri-

- 5 **Bando**. (Del fr. *ban*, y este del franco *ban*, con infl. de *bando* del gót. *bandwō* ‘signo, bandera’) Edicto o mandato solemnemente publicado de orden superior.



Francisco Camín, 2015 (foto: M.º José Tejedor)

bución actual, al que todos temían y que deseaban que fuera suprimido. La madre de Francisco Camín decía: “Si quitan el consumo, pondrán muchas chichorras”, refiriéndose al aumento de pagos, como así ocurrió. En Ariño y Oliete se utilizaba el tambor ronco cuando anunciaba los tramos de riego de las acequias o “el agua por ador”, y podían hacerse tanto de día como de noche. En Alloza la gaita anunciaba tanto las órdenes del Ayuntamiento como los pagos; el tambor se reservaba para los particulares.

La generalización de los bandos impresos y de la prensa ha provocado su desaparición. En nuestra comarca no queda ningún pregonero vivo. Sin embargo, y como ya dijimos, el alguacil y el pregonero era habitual que compartieran las tareas. En Andorra el último pregonero fue Miguel Pérez Alquézar, hasta 1986, pero ejercieron como pregoneros los alguaciles Pedro Tomás Callizo y Francisco Camín Ginés. En Ariño fue Ulpiano Serrano Abad, quien fue nombrado pregonero en las fiestas mayores en 2006 e hizo su pregón utilizando la corneta y con la misma entonación de antaño. En Alloza el más conocido fue Blas López Lecina (1917-1997); en 1981, ya jubilado, ocupó su puesto José Luis Val, “Pepe Luis”, que también ejercía de molinero. En Alacón el último fue Flor Royo; en Oliete, Julio Sánchez, aunque solía pregonar su mujer, Consuelo Mata; en Crivillén, Manuel Aced Estopañán, que fue también cartero y murió con casi 101 años; en Estercuel, José María Rubio Gargallo y en Gargallo, Manuel López Lecina.

Los alguaciles, subalternos a las órdenes del alcalde del Ayuntamiento, se ocupaban de diversas tareas: ejercían de pregonero, albañil o electricista, custodiaban la llave de la iglesia, de los calabozos, daban cuerda al reloj -todos los días a la misma hora-, mantenían el lavadero limpio. . . y en la mayoría de los pueblos sujetaban el palo en las carreras de pollos.

En esta ocasión, como ya anticipamos, nuestro protagonista es el antiguo alguacil y al mismo tiempo jotero Francisco Camín Ginés, hijo de Francisco Camín Izquierdo y Encarnación Ginés Ferrer, que nació en Andorra el 11 de febrero de 1931. Casado con Isabel Lorente Palo, tiene dos hijos: Francisco y Pilar, amantes de la jota como su padre.

Sus recuerdos comienzan una vez finalizada la guerra civil española, a partir de 1940, cuando se empezó a formar el Ayuntamiento.

Empezó trabajando de pinche en la mina la Cloratita con catorce años. Cuando la cerraron, pasó a la Oportuna, “mina que abrí yo con otros”, donde estuvo “catorce años, cinco meses y ventin días”, puntualiza. Dejó la mina porque el trabajo era demasiado duro: “Se me ponían las manos muy mal, como era tan jovencito. . .”. A continuación fue pastor para los Pitongos, y “donde iba yo, iba la guitarra”. Francisco ha sido jotero toda su vida, pasión a la que hace referencia a lo largo de nuestra entrevista, actividad que compaginó con la de alguacil, a la que se dedicó en exclu-



Ulpiano Serrano en 2003 (foto: Luz Magallón).

sividad posteriormente. Es en 1960 cuando comienza a trabajar de alguacil, trabajo en el que “le tocó hacer de todo”, a través de examen-oposición; sus compañeros fueron Francisco Valero Gracia y Miguel Pérez Alquézar.

Dejó el trabajo de alguacil porque le ofrecieron trabajar en las oficinas, que no se encontraban en el edificio del Ayuntamiento, sino en el actual museo de Semana Santa, y nos cuenta que dejó de encargado a Plácido, *el Pochona*. Allí comenzó ayudando en el orden o redacción de papeles, y allí aprendió de todo, a escribir a máquina también. Recuerda con gran cariño a las personas que allí estaban, entre otros Ángel Capapé, que tanto lo ayudaron o le “sacaron de apuros”, ya que el oficio de alguacil era difícil: “Algunos no nos veían bien, como cobrábamos y eso. . .”. Se jubiló por cuestiones personales en 1990. Nos dice que “serenos, pregoneros y alguaciles se ayudaban en todo”.

Al principio “ni traje ni ná”; no llevaban uniforme, acudían con su ropa. Luego vestían traje azul con gorra y camisa, que cambiaba el color según la estación del año, y una porra. Él nunca pregonó a pulmón, ya lo hizo desde el Ayuntamiento una vez instalados los altavoces por todo el pueblo, a partir del año 63.

Recuerda el sueldo del primer mes: 17 000 pesetas. No había vacaciones, “las cogíamos cuando las necesitábamos”, y el horario era flexible, “empezábamos a las siete y hasta cuando hacía falta. Si había calefacción, a las cinco”. Recuerda que una noche, a las dos de la mañana, como custodiaba las llaves del calabozo, lo fue a buscar el sereno para dar cobijo a una persona que había encontrado. Son muchas otras las anécdotas que le vienen a la memoria, pero no las puede contar.



Pregón de los años 40 (Archivo Municipal de Andorra).